

muerte de la reina Isabel. «Mientras se acerca el nuevo centenario regio –señala–, las espadas de la santidad permanecen en alto. Está en juego la gloria de una aspirante a santa cuyos méritos son defendidos por el catolicismo más exacerbadamente fundamentalista, mientras los niega taxativamente una nueva manera de juzgar la historia y el pasado de unos héroes cuyo heroísmo ha sido ya sobradamente puesto en cuarentena por los pocos que han buscado con sinceridad el triunfo de la verdad».

Un interesante y ameno estudio, crítico y polémico a tope.

**Juan Sebastián Elcano. La mayor travesía de la historia**, José Luis Olai-zola, *Temas de Hoy, nombres para la historia*, Madrid, 2002, 199 pp.

Con el dinamismo y la emoción de una gran novela de aventuras pero ajustándose a la veracidad histórica, el libro que comentamos cuenta, con destacados toques de originalidad, cómo se llevó a cabo la mayor travesía de la historia. Veterano en biografías y en el género de novela histórica, el autor de *Juan Sebastián Elcano* hace que el relato del primer viaje alrededor del mundo sea narrado por un joven marinero que participó en la fascinante expedición; en esa titá-

nica epopeya de navegar por mares prohibidos.

Elcano aparece como el protagonista indiscutible de una hazaña que dejó atónitos a sus contemporáneos y que vuelve a asombrar ahora al lector actual. La excepcional inteligencia de aquel vasco, cuidadoso en el vestir y parco de palabras, hizo posible el éxito final de la arriesgada travesía. El narrador manifiesta que el oficio anterior de don Juan Sebastián fue el de hacer contrabando de un país a otro, hasta que se enroló, a las órdenes del Gran Capitán y del mismo cardenal Cisneros, en la conquista de Orán y más tarde se sumó a la histórica expedición del marino portugués. El marinero cuenta que cuando en tierra sevillana decidió embarcarse con don Juan Sebastián, nadie, o casi nadie, conocía las intenciones de Magallanes: sabían que iban en busca de la ruta de las especias, pero no les decía por dónde, ni tan siquiera a los capitanes de las otras naves, que en total eran cinco, llamadas *Trinidad*, *San Antonio*, *Concepción*, *Victoria* y *Santiago*. En cuanto a por qué la hazaña fue española y no portuguesa, el narrador nos recuerda que fue debido a la torpeza de Su Majestad el rey don Manuel, que desestimó la petición que le hizo su súbdito Magallanes de aumentarle la pensión, y para colmo le pidió cuentas del reparto del botín de Teduest, acusándole así de ladrón. Ante semejante ofensa, Magallanes se desligó

públicamente de su condición de súbdito portugués y se puso a las órdenes del emperador Carlos I de España.

La descripción de Olaizola se llena de colorido con el ambiente del interior de las cinco naves. Como no se trataba de conquistar, sino de mercar especias, las naos iban provistas de enseres de trueque del gusto de los indígenas, a saber: cuchillos de los peores, espejos pequeños y grandes, tijeras, brazaletes, collares, peines y diversas clases de adornos. Y por si los salvajes no se avenían a esa clase de tratos, también iban bien dotadas de piezas de artillería, lombardas, falcones y culebrinas, escopetas y ballestas.

La misma descripción se satura de tragedia con el frío helador y la falta de provisiones pero, sobre todo, con el motín y las consiguientes sentencias de muerte y de mutilaciones corporales, que no se llevaron a cabo, en su totalidad, gracias a la intervención del escribano Ezpeleta quien razonó al capitán general, que para dar con la Mar del Sur precisaba de todos sus buenos pilotos, y los marineros bien enteros, y no sin piernas o sin brazos. Gracias a esta reflexión práctica se salvó Elcano que era uno de los principales amotinados.

Finalmente, la descripción rebosa emoción con el descubrimiento del estrecho, con su travesía, que duró casi un mes, y con el encuentro de los dos mares. En los últimos

días de noviembre de 1520, Magallanes, previendo la llegada al final del estrecho, mandó una chalupa con seis remeros, tres por banda, y Elcano a la caña, para doblar un cabo tras el que había de estar la Mar del Sur. Después de dos días de navegar a remo avistaron el nuevo océano, al que bautizaron como Pacífico, por la suavidad de sus aguas. Pero después del gozo del descubrimiento volvieron la escasez, del hambre y el mar sin fin, hasta que mucho más adelante encontraron la maravilla de las islas –la de los Ladrones, la de Zamal– abarrotadas de belleza: corales, palmeras, jugosos frutos y todo tipo de provisiones.

José Luis Olaizola se documenta bien con el contenido de los diarios de Pigafetta y del contraamaestre Albó que están llenos de interesantes detalles. También sigue de cerca los importantes trabajos de J. de Arteche, A. Melón y C. Clavería, y así cuenta cómo Magallanes, entusiasmado por la abundancia que iba encontrando a su paso, decidió cambiar de rumbo, y en lugar de ir derecho a las Molucas que era su destino, tomó la resolución de ir de una isla a otra por el regalo de recibir sumisión de sus reyezuelos. Y eso, por fin, fue lo que le costó la vida el 27 de abril del 1521. Siete meses después, la tripulación superviviente llegó a las Molucas.

En el viaje de regreso a España las dos naves que sobrevivían, la *Trinidad* y la *Victoria*, decidieron reali-

zar una ruta distinta, para que si una de ellas topaba con los portugueses, la otra se salvara. Al tomar el mando de la suya, Elcano dijo: «Es llegado el momento de poner por obra lo de que el mundo es redondo». No es que no supiera que lo era, lo sabía por las cartas, pero nadie lo había hecho. La *Victoria* con dieciocho pasajeros, demacrados y sin fuerzas, llegó al puerto de Sanlúcar de Barrameda, del que había zarpado tres años antes.

En el apasionante y apasionado trabajo de Olaizola, dirigido a todos los públicos, hay espacio para el rigor histórico, la aventura, el humor y hasta para algún enredo galante.

### Isabel de Armas

**Le journal intime en Espagne, Danielle Corrado, Aix-en Provence, Publications de l'Université de Provence, 2001, 420 pp.**

El libro de esta profesora de la Universidad de Clermont-Ferrand (Francia) viene a colmar uno de los vacíos más notables que quedaban en el estudio de la literatura autobiográfica española: el del diario íntimo. En los últimos veinte años, las publicaciones de Guy Mercadier, de José Romera Castillo y de Anna

Caballé con *Narcisos de tinta*, entre otros, pusieron fin al falso tópico de la inexistencia de literatura memorialística en España. Estaba pendiente hacer lo mismo con los diarios íntimos literarios, una escritura escurridiza e invisible donde las haya, pues, como se sabe, aunque se escribieron siempre muchos, son muy pocos los editados. El libro de Corrado consigue el objetivo de hacer evidente que la literatura española no es una excepción tampoco en este género.

La autora no ha pretendido hacer la historia del diario íntimo en España, pues es consciente de que esta historia ni es posible ni aconsejable hacerla, ni comete el error tantas veces repetido de identificar edición y escritura diarística. La historia definitiva, si algo así es posible o necesario, está por hacer, pues los textos conocidos o editados deben ser considerados como la punta del iceberg, por la que nos damos cuenta del enorme volumen submarino del diario íntimo, que nunca sale a la superficie. Antes que la historia del diarismo español, Corrado nos enseña el largo y difícil camino de un género a la conquista de la consideración social y el reconocimiento literario.

El cuerpo del trabajo lo constituye el análisis pormenorizado de siete diarios publicados en el siglo XX (Miguel de Unamuno, Zenobia Camprubí, Dionisio Ridruejo, César González Ruano, Luis Felipe Vivanco, Rosa Chacel y Jaime Gil

de Biedma), aunque ha manejado un *corpus* mucho más amplio y ha tenido en cuenta prácticamente todos los diarios españoles publicados hasta los años ochenta (Blanco White, Gómez de la Serna, Ignacio de Loyola, Larrea, Moratín, Jovellanos, etc.) y de manera menos exhaustiva lo publicado posteriormente. En este punto llama la atención la clamorosa ausencia de los diarios de Francisco Umbral, al que ni se cita, siendo uno de los grandes cultivadores y renovadores del género a partir de los años setenta.

Con los elementos extraídos del análisis de los diarios estudiados, la

autora esboza en la tercera parte del libro una «poética del diario íntimo», que supone una aportación a la definición y delimitación del género. Cierra el libro el análisis de las modificaciones que conlleva la publicación de un diario y la singularidad e idiosincrasia que pierden estos textos íntimos con la edición. Como dice un amigo, cuando le gusta un libro, y yo lo hago mío ahora: «No les quepa ninguna duda, deben leer este libro». Pero antes convendría traducirlo, ¿algún editor se anima?

**Manuel Alberca**



Monte Serrat. Bahía